

Dios es Padre Providente, el hombre, su colaborador imprescindible

“Ningún servidor puede quedarse con dos patrones, porque verá con malos ojos al primero y amará al otro, o bien preferirá al primero y no le gustará el segundo. Ustedes no pueden servir al mismo tiempo a Dios y al Dinero.

Por eso les digo: No anden preocupados por su vida: ¿qué vamos a comer?, ni por su cuerpo: ¿qué ropa nos pondremos? ¿No es más la vida que el alimento y el cuerpo más que la ropa? Miren cómo las aves del cielo no siembran, ni cosechan, ni guardan en bodegas, y el Padre celestial, Padre de ustedes, las alimenta. ¿No valen ustedes más que las aves?

¿Quién de ustedes, por más que se preocupe, puede alargar su vida?

Y ¿por qué preocuparse por la ropa? ¡Miren cómo crecen las lirios del campo! No trabajan ni tejen, pero créame que ni Salomón con todo su lujo se puso traje tan lindo. Y si Dios viste así a la flor del campo que hoy está y mañana se echará al fuego, ¿no hará mucho más por ustedes, hombres de poca fe?

¿Por qué, pues, tantas preocupaciones? ¿Qué vamos a comer?, o ¿qué vamos a beber?, o ¿con qué nos vestiremos? Los que no conocen a Dios se preocupan por esas cosas. Pero el Padre de ustedes sabe que necesitan todo

eso. Por lo tanto, busquen primero el Reino y la Justicia de Dios, y esas cosas vendrán por añadidura. Ni se preocupen por el día de mañana, pues el mañana se ocupará de sí mismo. Basta con las penas del día”.

Mateo 6, 24-34

Busquen primero el Reino y su justicia, y todo lo demás se les dará por añadidura.

Los 10 versículos del Evangelio según San Mateo que se nos ofrece a nuestra reflexión, suscitan sentimientos dispares en los lectores, según sea la situación concreta de cada uno. A unos les deja sabor de poesía lírica y es indudablemente bella la alusión de Jesús al ropaje de las flores y el mundo de las aves. A otros les sabe un poco de amargura, porque, en la extrema indigencia en que se debaten, no llegan a poder convencerse de que Dios se ocupa de ellos como Padre.

“Ustedes no pueden servir a Dios y al dinero”. ¡Importante advertencia! San Pablo escribió que “la raíz de todos los males es el afán de dinero” (1 Timoteo 6, 10) y que la codicia es idolatría (Efesios 5, 5). No se cuestiona el uso del dinero, sino el uso depravado. La depravación queda al descubierto cuando el corazón del adinerado se endurece frente a la necesidad de su prójimo.

“Miren las aves del cielo, miren los lirios del campo”. Jesús nos muestra la admirable sabiduría de Dios, que resplandece en los fulgores de la naturaleza. A partir de esos prodigios de belleza y de vida el hombre ha de sentirse amparado por Dios. Pero Dios quiere mostrar su providencia sobre los seres humanos, por vía normal, a través de otros hombres, las relaciones de justicia, de asistencia y de amor cristiano serán el instrumento mediante el cual volcará Dios su bendición sobre la tierra.

“Busquen primero el Reino y su justicia”. Del hombre, de nosotros, Dios espera la colaboración activa del buscar, del fatigarnos en iniciativas creadoras. Nos lleva a concentrar el esfuerzo en el Reino de Dios, del que dice el Apóstol: “el Reino de Dios no es comida ni bebida, sino justicia y paz y gozo en el Espíritu Santo” (Romanos 14, 17).

El contenido de este Reino, que es la justicia que nos salva,

reclama de nosotros, como individuos y como comunidad, la preeminencia absoluta, se constituye en prioridad insustituible.

Contradicciones aparentes y ásperas preguntas

No todos se muestran acordes con la doctrina evangélica sobre la providencia. En el campo del mero sobrevivir humano se nos indican las decenas de millones de hombres que cada año mueren de hambre, entre ellos un altísimo porcentaje de niños. Las preguntas golpean al oído cristiano: ¿Y los millones de leprosos sin atención médica? ¿Y los millones de prófugos? ¿Y los exiliados? ¿Y los presos por razones políticas o religiosas?

En nuestro país, un país que se precia de su fe cristiana surgen constantes y angustiosos interrogantes. En el silencio de sus montañas los indígenas del Sur esperan respuestas de su demanda de propiedad sobre un retazo de tierra. En el Noroeste muchos inundados aguardan seguras soluciones para el porvenir.

En mi pueblo natal, en el sureste de nuestra provincia de Buenos Aires, una lluvia de 850 milímetros había vuelto a aislar esta población que, como otras vecinas, miran cómo el pavimento, que es como decir gran parte de la esperanza, termina a una distancia de 30 ó 40 kilómetros. El ciudadano, se pregunta si su dinero de contribuyente, entregado con religiosa constancia desde hace 80 años, no les dé argumentos para salir de su condición de argentinos postergados y condenados a naufragar en la arena y en el barro. ¿Dónde está la justicia, la equidad, la solidaridad?

Aquí mismo, en nuestra zona diocesana, muchos hogares llegan al final de febrero con el comentario rondando el tema de la escolaridad de sus hijos. ¿Cómo lograr que el presupuesto familiar pueda cubrir la preparación de los niños para en-

viarlos a clases, meta suspirada de todo argentino con vistas a un futuro? ¿El guardapolvo? ¿Los cuadernos? ¿Las zapatillas? ¿El colectivo? son preguntas abiertas que, como alfileres, penetran punzantes en el cuerpo social...

**La providencia divina tiene seudónimos:
justicia social, solidaridad humana, caridad cristiana**

No achaquemos a Dios lo que es deficiencia y culpa del hombre. Cuando Jesús insiste en confiar en la divina providencia apela a nuestra sensibilidad. Entreambre al hombre, a la comunidad humana; a la Iglesia fundada por él, la grata perspectiva de sentirse instrumentos visibles de Dios, Padre bueno y generoso. Cuando dice a los suyos: "denles ustedes de comer" (Mateo 14, 16), aludiendo a la muchedumbre hambrienta, señaló un principio de acción que conjugaba el milagro divino con la colaboración humana. Maticemos:

La sociedad debe cumplir ante todo con la justicia. Mientras desarrollábamos en nuestra diócesis, en 1982, la Campaña de la Solidaridad, no dejábamos de denunciar una situación. Dábamos de comer a muchas familias, pero reiterábamos, una y otra vez, el pregón de la justicia: procurar trabajo; remunerar justamente; entretanto priorizar el destino de los impuestos, cubriendo la angustiada necesidad de sobrevivir antes que desplegar las obras materiales monumentales.

La comunidad cristiana ha de acudir con caridad solidaria. La advertencia de Jesús "a los pobres los tendrán siempre con ustedes" (Juan 12, 8) nos recuerda que siempre quedarán en la sociedad, zonas sin cubrir por la previsión y asistencia social. Muy particularmente es la Iglesia instrumento privilegiado de la providencia. La caridad es la tarea más urgente, más sublime, más característica de la comunidad cristiana. Mal podríamos cuestionar la providencia divina, si nuestra solida-

ridad cristiana fuera apenas un débil esfuerzo, una iniciativa superficial, una dedicación pasajera. Es un campo inmenso que no nos dejará descanso hasta sincerarnos.

La familia y el individuo serán cubiertas por la providencia de Dios. Sigue en pie, de todos modos, la enseñanza de Jesús de confiar, ante todo y siempre, en Dios, nuestro Padre. Si la sociedad humana fuera injusta, si la comunidad cristiana cayera en la decadencia y en el pecado de omisión, Dios volverá a bajar por sí mismo a poner el pan en la mesa del desocupado y a compartir las horas interminables de soledad del enfermo porque es bueno, es Padre providente y no puede faltar a su Palabra.

Una página recentísima de Juan Pablo II sobre la solidaridad cristiana

El Papa Juan Pablo II ha publicado una Carta Apostólica sobre "El sentido cristiano del sufrimiento humano" (11-2-1984). Selecciono una página en que el Santo Padre actualiza el Mensaje de la parábola del buen samaritano. Hela aquí:

"La parábola en sí expresa una verdad profundamente cristiana, pero a la vez tan universalmente humana. No sin razón, aun en el lenguaje habitual se llama obra "de buen samaritano" toda actividad en favor de los hombres que sufren y de todos los necesitados de ayuda.

Esta actividad asume, en el transcurso de los siglos, *formas institucionales* organizadas y constituye un terreno de trabajo en las respectivas profesiones. ¡Cuánto tiene "de buen samaritano" la profesión de médico, de la enfermera, u otras similares! Por razón de contenido "evangélico", encerrado en ella, nos inclinamos a pensar más bien en una vocación que en una profesión.

Y las instituciones que, a lo largo de las generaciones, han realizado un servicio "de samaritano" se han desarro-

llado y especializado todavía más en nuestros días. Esto prueba indudablemente que el hombre de hoy se para cada vez con mayor atención y perspicacia junto a los sufrimientos del prójimo, intenta comprenderlos y prevenirlos cada vez con mayor precisión. Posee una capacidad y especialización cada vez mayores en este sector. Viendo todo esto, podemos decir que la parábola del Samaritano del Evangelio se ha convertido en uno de los elementos esenciales de la cultura moral y de la civilización universalmente humana. Y pensando en todos los hombres, que con su ciencia y capacidad prestan tantos servicios al prójimo que sufre, no podemos menos de dirigirles unas palabras de aprecio y gratitud.

Estas se extienden a todos los que ejercen de manera desinteresada el propio servicio al prójimo que sufre, empeñándose voluntariamente en la ayuda "como buenos samaritanos", y destinando a esta causa todo el tiempo y las fuerzas que tienen a su disposición fuera del trabajo profesional. Esta espontánea actividad "de buen samaritano" o caritativa, puede llamarse actividad social, puede también definirse como apostolado, siempre que se emprende por motivos auténticamente evangélicos, sobre todo si esto ocurre en unión con la Iglesia o con otra Comunidad cristiana. La actividad voluntaria "de buen samaritano" se realiza a través de instituciones adecuadas o también por medio de organizaciones creadas para esta finalidad. Actuar de esta manera tiene una gran importancia, especialmente si se trata de asumir tareas más amplias, que exigen la cooperación y el uso de medios técnicos. No es menos preciosa también la actividad individual, especialmente por parte de las personas que están mejor preparadas para ella, teniendo en cuenta las diversas clases de sufrimiento humano a las que la ayuda no puede ser llevada sino individual o personalmente. Ayuda familiar, por su parte, significa tanto los actos de amor al prójimo hechos a las personas pertenecientes a la misma familia, como la ayuda recíproca entre las familias".